

¿Y no conseguiste otra forma?

Adrián Mattia



Image not found.

Capítulo 1

Y allí estaba yo: sentando en la cama tocando mi guitarra eléctrica a las tres de la mañana. Padecía una depresión brutal, que no recuerdo cuando empezó, pero que sin duda se había agravado cuando —buscando mejorar— emigré a otro país, a vivir con mi tía.

Mientras repetía una y otra vez los mismos acordes, una cucaracha entró al cuarto por la rendija de la puerta y avanzó hasta detenerse a un metro de distancia de mí.

Como no les tengo fobia, la ignoré —aunque de vez en cuando le tiraba una mirada para asegurarme que no se acercara más de la cuenta—.

En uno de esos vistazos, llamó mi atención que no se moviera. Sabía que no estaba muerta porque movía sus antenas. No era —ni soy— un experto, pero por lo general se mueven y buscan la oscuridad, pero esta no «Al menos tengo público —ironicé en mi mente y continúe en lo mío».

Al rato, la pille acercándose. Aunque me alarmé un poco, no dejé de tocar. El bicho se trepó al tope del amplificador. Posada en el borde, empezó a alzar y estirar sus patas delanteras como si quisiera tocarme. Me conmovió la desesperación con que movía sus extremidades y antenas. Parecía que para ella, alcanzarme, era un asunto de vida o muerte «Deja la locura. Es solo una cucaracha —dije en mis adentros y seguí concentrado en la guitarra».

Pasados unos segundos, se movió solo para subirse al estuche de mi bajo, donde continuó alzando sus patas delanteras, apuntando hacia donde yo estaba « ¿No tienes otro lugar donde montarte, sino en mis cosas? — pensé, como si mantuviese una especie de diálogo telepático con ella».

Casi como una respuesta insolente, regresó al piso y se encaramó en mi guitarra acústica a repetir el mismo gesto desesperado. Seguí tocando, pero ya no le quité la mirada de encima. Una y otra vez, la vi subirse a mis instrumentos y amplificadores y solo a ellos. Los demás muebles y rincones en la habitación no le interesaban.

Les juro que si hubiese hecho el recorrido por mis cosas una sola vez, hubiese pasado desapercibida. Solo una cucaracha por ahí. Pero como lo repitió y lo repitió, el insecto se apoderó de mi imaginación. Tanto, que dejé de tocar y coloqué la guitarra en el atril « ¿Feliz? —le pregunté en mi mente mientras la veía». Obvio no dijo nada, solo siguió estirando sus patas como si suplicara que la tomara con las manos « ¿Será que quiere decirme algo? ¿O guiarme a algún tesoro o documento escondido que

dará un giro feliz a mi vida? —eran las teorías que cruzaban mi mente».

Obligándome a no pensar más pendejadas y ponerle fin al episodio de la cucaracha, fui al baño a buscar papel higiénico para tomarla y sacarla por la ventana.

Cuando regresé, la conseguí en el piso con su cabeza apuntando hacia mí como si me estuviese esperando —o al menos eso sentía yo—.

Me acerqué despacio y al detenerme frente a ella, empezó con el gesto desesperado y frenético que había estado repitiendo cada vez que se posaba en una de mis cosas, así que, en lugar de agarrarla, coloqué el papel delante de ella. Como si se tratase de una mascota amaestrada, se subió de inmediato y allí se quedó, sin siquiera intentar treparse a mi mano «¡Qué animalito más curioso! —pensé».

No tuve corazón para despacharla por la ventana, así que la coloqué sobre el escritorio de la habitación, apagué la luz y me acosté a dormir, pensando que se iría por su cuenta.

Al día siguiente —mejor dicho a la tarde siguiente —, me despierto y levanto de la cama. Mientras me estiraba para despabilarme, sin querer, vi el papel sobre el escritorio, y diez horas después... La cucaracha seguía allí.

Haciéndome mil y un ideas, me acerqué y apenas me paré delante de ella, empezó a alzar y estirar sus patas delanteras como si me estuviese dando los buenos días «Esto no es normal —me dije».

Tomé el papel con la cucaracha en él y lo puse sobre la mesa de noche. Agarré mi teléfono para buscar en internet información sobre este tipo de insectos. Quería quitarme la idea, que este en particular, era especial.

Me senté en la cama a teclear con desesperación y fue entonces cuando la vi bajarse del papel y treparse sobre el portarretratos que contenía una foto de mi madre y yo abrazados. Para terminar de hacer estragos en mi mente, se posó tapando la imagen de mi mamá, de manera tal, que daba la impresión que yo abrazaba a una cucaracha.

—¿Máma? —solté en voz baja casi como un reflejo.

¡Era el colmo! No solo me había obsesionado con una simple cucaracha, sino que ahora estaba barajeando la posibilidad que mi madre había reencarnado en un insecto, y no en cualquiera, sino en el que más asco despierta en las personas «¡Maldita depresión! —grité en mi interior».

En ese preciso instante, la cucaracha empezó a volar y dando tumbos entre las paredes y el suelo, salió de la habitación. Corrí tras ella como un

loco y la encontré posada en el teclado de la laptop que se encontraba sobre la mesa de la pequeña sala-comedor del apartamento.

Allí comenzó a moverse de una forma extraña. Sin salirse del teclado, avanzaba un distancia mínima, se detenía unos segundos, volvía a desplazarse y luego de un breve recorrido... se volteaba hacia a mí unos instantes, solo para volver a empezar.

Me tomó un tiempo darme cuenta que siempre que se paraba, apuntaba con su cabeza las mismas teclas. Disculpen mi locura, pero no pude resistirme a mi aparente descubrimiento y tomé un bolígrafo para escribir sobre una servilleta. Una a una anoté las letras que indicaba, y aunque ustedes no lo crean, estás formaron la palabra: Hijo.

—¿Mamá? —volví a soltar en voz baja, solo que esta vez la cucaracha se posó frente a la "S" y la "I", formando un "Sí" que me hizo retroceder unos pasos hasta caer en el piso.

Me levante con lágrimas en los ojos y — solo para estar seguro — volví a preguntar un par de veces. En ambas ocasiones su respuesta fue la misma.

Mientras sentía una inmensa alegría y a la vez me convencía que me había vuelto loco, la cucaracha —o mi mamá, si prefieren llamarla así — continuó andando por el teclado.

La siguiente palabra que formó fue «Escribe», pero así sería mi mala suerte, que el bolígrafo se quedó sin tinta y terminé rasgando la servilleta.

—¡Espérate! —grité y corrí al cuarto para buscar con qué anotar.

No sé cuánto demoré buscando lápiz y papel en vano, hasta que por mera casualidad, vi mi teléfono celular en la cama. Me abalancé sobre el aparato y cuando me disponía a regresar a la sala, escuché un sonido aterrador: el continuo rociar de una lata de espray.

Salí lo más rápido que pude y conseguí a mi tía impregnado al bicho con insecticida. Me había concentrado tanto buscando con qué anotar, que no la oí llegar a casa. También había olvidado que —a diferencia de mí —, ella le tiene fobia a las cucarachas.

—¿Te sientes bien? —me preguntó mi tía al ver mi rostro pálido y mandíbula temblorosa.

—Sí —mentí.

Aunque tenía ganas de partirle la cara de un puñetazo, no podía culparla. Tampoco me sentí capaz de contarle la historia. En parte porque pensaría que estaba loco, y asumiendo que me hubiese creído, no quería que se sintiese culpable por haber matado a su hermana. Me limité a dibujar una sonrisa chueca para disimular y volví a mi habitación con la amarga certeza que nunca sabría lo que mi madre me quería decir ese día.